

CORREO DE MADRID

DEL MIERCOLES 27 DE OCTUBRE DE 1796.

Sigue la materia de la verosimilitud.

No puede jamas ser buena la imitacion, como dexamos dicho, sino esta animada de la verdad ó de la verosimilitud; esto es, si todo lo que se imita no es ó como fue, ó como es, ó como se dice, ó como parecia ó como debe ser, que es lo que encarga Aristóteles.

¿Pero qué verosimilitud, dirá alguno, se halla en la mayor parte de las fábulas de los romances, y tantas ficciones en que se cuentan cosas que no ha habido, ni ha podido haber nunca? El entendimiento las conoce inmediatamente por falsas, y sin embargo deleytan.

Muratori para explicar esto señala dos especies de verosimilitud, una que se puede llamar *popular* y otra *noble*, esto es, una que es conforme con las opiniones del pueblo, y otra con las de los sabios. Es opinion del vulgo que ha habido hechiceras y magos, que hay encantadores, que hacen cosas estupendas y que habia antes Caballeros andantes. No halla menor verosimilitud en los hechos de los Caballeros de la Tabla redonda, de Amadis, de Orlando, que en las verdaderas acciones de Julio Cesar, de Augusto y de Alexandro; como que los entendimientos de los ignorantes sin el socorro de las historias verdaderas y de las buenas ideas no pueden distinguir lo blanco de lo negro. Asi es que los raros y extraños sucesos de los romances que parecen con tanta razon delirios á los ojos sensatos, agradan á los del vulgo porque no contienen cosa contraria á sus ideas; al paso que todos ad-

miran lo bien manejado de la verosimilitud vulgar.

El modo *noble* consiste en hacer las cosas y acciones maravillosas y nuevas sin apartarse en nada de su naturaleza, de modo, que el entendimiento mas ilustrado no pueda menos de conocer que pudo ó debió suceder asi. En los principales poemas como en la Epopéya, la Tragedia &c. el noble maravilloso es aquel que saliendo de la propia naturaleza de las cosas, tiene todo el ayre de lo posible y no choca en nada al juicio de los inteligentes. El modo con que los Griegos se apoderaron de Troya, la valerosa guerra de Leon y Rugero; la muerte de Clorinda y otros hechos semejantes, sin maquinas sobre humanas son maravillosos, y tienen aquel maravilloso noble que deseamos. Por el contrario, no podemos entender como los antiguos recomendaron tanto á Homero, que apenas dexa hacer nada á los Heroes sin acudir á la maquina. ¿Qué verosimil es lo que dice en el lib. 20. de la Iliada, donde habiendo tirado Hector una lanza contra Aquiles, Minerva va corriendo inmediatamente, la dá un soplo y la hace volver atras de modo que cae á los pies del que la habia tirado? El furor del Rio Xanto, Vulcano que abraza el Rio, y otras mil operaciones semejantes que se hallan en la Iliada no serian de alabar ahora, porque no son verosimiles á la naturaleza de las cosas. Podrian serlo segun la opinion del vulgo, pero no debia haberse acomodado tanto á sus opiniones.

Tambien juzgan algunos criticos que no se puede salvar á Homero de la fal-

ta de buena imitación, quando nos representa á Hector hombre valiente, noble y arrojado en los peligros, lleno de un vergonzoso miedo huir al ver á Aquiles, y esto delante de su padre y de todos los Troyanos. Asimismo, quando hace que al presentarse Patroclo vestido con las armas de Aquiles, eche á huir Hector, y persuada á los Troyanos á que hagan lo mismo. Esto repugna á cualquiera que tiene idea de quien es Hector, y conoce que en un caracter como el suyo, es absolutamente repugnante esta fuga tan vergonzosa y tan fatidica. Ni es menos inverisimil quando a un hombre tan prudente y tan sabio como Ulises, le dexa embriagar de los de Coifú.

CAPITULO OCTAVO.

Hacer amable el Estudio.

Este es uno de los puntos mas importantes en materia de educacion, y á un mismo tiempo uno de los mas dificultosos. La prueba es, que entre un gran numero de Maestros, que por otra parte son de gran mérito, se encuentran muy pocos que tengan la habilidad de hacer el estudio amable á sus discipulos.

El suceso depende en este punto de las primeras impresiones. La principal atencion de los Maestros, empleados en enseñar los primeros rudimentos, debe ser portarse de tal manera, que un muchacho que aun no es capaz de amar el estudio, á lo menos no lo aborrezca. *Ne stedia qui amare nondum potest edarit* (1) porque la amargura que hubiese percibido al principio no continúe en edad mas avanzada. Para esto es necesario, dice Quintiliano, que el estudio sea para el muchacho como un jugo, que se le hagan preguntas muy

faciles, que lo animen con la alabanza, que le ocasionen lisonja y contento de sí mismo, por haber aprendido alguna cosa, que alguna vez se debe enseñar á otro lo que el reusa aprender para excitarle por la emulacion, hacerle con otras varias preguntas dandole á entender que el ha respondido tan bien ó mejor, y finalmente, cebarle amenudo con premios de sí inocentes, á que es muy inclinada la edad tierna.

Pero el gran secreto, prosigue Quintiliano, para hacer que los muchachos amen el estudio es, que sepa el Maestro hacerse amar de ellos: porque de esta manera le oirán con gusto, se le harán dociles, procurarán complacerle y se lisonjearán en aprender sus lecciones, admitirán con gusto sus consejos y correcciones y se esforzarán á merecer su amistad cumpliendo exáctamente con su obligacion.

Hay en los muchachos, como en todos los hombres, apetito innato á saber y aprender, del qual pueden y deben aprovecharse y valerse los Maestros para hacerles que amen el estudio. Como es para ellos todo nuevo, hacen sus preguntas, inquieren y preguntan el nombre y el uso de todo lo que les ponen presente. Es necesario responderles sin mostrar pena, ni enfado, alabar su curiosidad, y satisfacerlas con respuestas claras y precisas. En todo arte y ciencia, tienen alguna sequedad y tedio los rudimentos y principios; por lo que los Maestros están en obligacion de abreviar y simplificar quanto puedan dichos principios, y templar su amargura con todo el agrado que pueda mezclarse.

*Pueris dant crustula blandi
Doctores, elementa velint ac dicere prima.*

Por la misma razon me persuado que los Maestros deben abandonar el meto-

(1) *Quint. lib. 1. cap. 1.*

do de enseñar á leer y escribir antiguo y adoptar el que se halla ya establecido en algunas partes, como se dirá en su lugar.

Quando los muchachos se crian en particular, usa un habil y atento Maestro de todos los medios conducentes para hacerles agradables el estudio, toma su tiempo, explora su gusto, consulta con su genio, mezcla con el trabajo el juego, dales á entender que les dexa su eleccion libre; no hace regla fija del estudio, excítalos alguna vez el deseo de estudiar con negarles, suspenderles ó por decirlo mejor, con interrumpirles el estudio: es una palabra, se transforma de mil modos é inventa mil ardidés para conseguir su intento.

En una Escuela pública, es quasi impracticable esta conducta; porque en ella la buena disciplina y el buen orden piden que se siga una regla uniforme y que todos la observen exactamente, y esto es lo que hace mas difícil la conducta. Un Maestro necesita de gran prudencia y destreza, para tener y manejar las riendas de tantos y tan diferentes genios, los unos vivos é impetuosos, los otros lentos y flemáticos; á aquellos se ha de refrenar, á estos soltar la rienda; para dirigir digo, á un tiempo todos estos animos, de manera, que haga sin embargo de su gran diferencia que todos caminen de concierto y que lleguen todos á un mismo fin. No se puede negar que esto en materia de educacion pide mas habilidad y prudencia; pero no es imposible, pues se logra con gran dulzura, prudencia, moderacion, quietud y paciencia.

Se hace preciso, igualmente, que los Maestros no pierdan de vista aquel gran principio que *el estudio depende de la voluntad, la qual no puede padecer violencia.* (a) Bien puede violentarse al cuerpo, hacer á un niño que contra su voluntad esté en la mesa, doblarle al trabajo con el castigo, precisarle á que cum-

pla la tarea que se le ha señalado, ¹⁹varle para esto del juego y de la recreacion. ¿Pero será por ventura estudio el trabajar así? ¿Y qué se logrará con este modo de estudiar? El aborrecimiento de los libros, de la ciencia y de los Maestros no pocas veces, para toda la vida. Por esto, pues, es necesario ganarse la voluntad, y esta se gana con la dulzura, la amistad, la persuasion y sobre todo con el atractivo del placer.

Continúa la respuesta á las cartas del Español de París.

¿Con qué la Filosofia está reñida con la eloquencia hé? ¿Con qué la gala del decir no convienen á los razonamientos filosóficos? A buena hora nos viene el buen Señor Critico á enseñar dislates en una era en que abundan tantos. Porque pecador de mí ¿qué razon ha de haber para que haya de haberse empleado y se emplee la eloquencia en defender á los homicidas, á los adúlteros, á los ladrones, y lo que es mas irrisible, á la calba, á la mosca, al burro, al pedo (con perdon del Critico) y no aya de poderse emplear en vestir de galas á la verdad, á la justicia, á la magnanimidad, á la prudencia, á la fortaleza y á las demas virtudes? ¿Son estas acaso menos dignas del adorno y de los atavios eloquentes, que aquellos asuntos en que se emplean por lo comun? Y quando los hombres están tan inclinados al vicio y á la maldad ¿no podrá el Orador para persuadir la virtud emplear las armas de su arte mas eficaces á veces que los racionios secos y adustos, porque los hombres se dexan llevar mas facilmente de lo que los mueve y alaga que de lo que los convence y concluye? ¿Qué hacen los Predicadores en los Pulpitos sino tratar asuntos filosóficos? pues Filosofia son las virtudes: ¿y qué hi-

(1) Quint. lib. 1. cap. 3.

cieron en la antigüedad las Sectas mas célebres de la Filosofía sino hermanar la eloquencia con la razon; por cuya causa fueron tenidos por eloquentísimos los Platónicos y Peripatéticos y fueron reidos, mofados y silvados los Estoicos porque no supieron mas que las sequedades de la Dialectica? Desengañémonos. El Critico maldice de lo que ignora. Sus cartas indican bien su ineptitud para la eloquencia y con un dogma absurdo quiso salvar la aridez lánguida de su estilo. A imitacion de la zorra de la fabula que habiendo perdido el rabo quiso persuadir á las demás zorras que se los cortasen, ha querido separar la eloquencia de la Filosofía, porque es incapáz de ser filosofo eloquente; y sino que nos dé un modelo y yo me holgaré de que desmintiera con la práctica esta congetura. Continuemos la sarta.

Al Filósofo no es permitido exágerar ni disminuir con epitetos las cosas &c.

Segun lo que dá á entender este parafón tenebroso y amezacotado, el Critico debe de creer que al Orador no le toca convencer en ningun caso, y si esto cree, doile por incurable en materia de Literatura. ¿Quién ha dicho hasta ahora, que el Orador quando defiende á un inocente, no debe convencer la inocencia, y que quando acusa á un ladrón no debe convencer el vicio? Buena quedaria la oratoria sino hubiese de reynar nunca en ella la demostracion de la verdad! Mire buen hombre: la diferencia única que hay entre la Lógica y la Retórica es, que aquella convence sin adornos, esta con ellos. Aristóteles llamó á la Retórica sinfona de la Lógica, esto es, de igual sonido, que se responden mutuamente; que se hermanan; enlazan, estrechan y unen entre sí: y por qué esto? porque el Orador no puede serlo grande sin ser gran Lógico; y sino dígame ¿por qué incluían los Topicos en un Arte los antiguos Maestros del decir? pues Vmd. que es tan sabio debe saber que la Tó-

pica es una parte de la antigua Dialectica y sin embargo asieron de ella los Retóricos y se la apropiaron como si fuera patrimonio propio y peculiar suyo. La persuasion oratoria debe ir fundada en el convencimiento evidente: primero es demostrar, esto es convencer: despues entra el hacer apetecible lo que se convence ó demuestra. La Retórica que no sea así, ni es Retórica ni calabaza, es un embrollo, bachilleria ó loquacidad vana, ni mas ni menos que lo fue la oracion de Carneades contra la verdad que tanto exáspéro á Catón.

Si Señor Don Critico: quantas cosas hay en este mundo, y quantos asuntos se conocen y pueden conocerse, filosóficos y no filosóficos, literarios y no literarios, todo, todo en una palabra, puede servir de materia á la oratoria en qualquiera lengua, y en qualquier clima, quando se trata no solo de convencer el entendimiento, sino de atraer y avasallar la voluntad. Catón definia al Orador, si no miente Quintiliano *Vix bonus dicendi peritus*, un hombre de bien perito en el arte de decir. ¿Y qué querría decir con esta definicion? que el Orador no debe nunca defender sino lo verdadero y lo bueno: pero en tratando de defender lo verdadero y lo bueno, entonces le era licito y no solo licito pero necesario emplear en su demostracion los artificios mas poderosos de la eloquencia; para añadir la aficion al convencimiento, para hacer amables la verdad y virtud, para inclinar á ellas el corrompido animo de los hombres. Así quiere decir el Critico que al Orador le toca persuadir y al filósofo convencer, es ignorar que la persuasion que no recae sobre el convencimiento es una persuasion sofística, embrollona, tramoyera, dolosa, iniqua, irracional; y ignorar esto es ignorar los rudimentos mas principales de la Retórica, pues estos rudimentos dán principio por la invencion de los argumentos para probar, y argumentos que no se refieren á convencer, solo se halla-

dad, pues en cada momento hallo un motivo, quando no son muchos, de maravillarme. Apuntaré á Vmd. algunos de estos.

Me hace maravillar mucho, ante todas cosas, el ponerme á considerar la causa que puede haber para que teniendo los Españoles un idioma propio no inferior á los demas de Europa, hayan de posponerle á un extranjero, llenándole de voces y modos de decir que manifiestan una pobreza que no tiene. En una Egloga, que ha tenido bastante aplauso me acuerdo haber leído este verso:

Aunque esto á la verdad es mi proyecto.

La voz *proyecto* tenía antes muy poco uso en nuestra lengua, y en el sentido que tiene en el ninguno. Y en verdad, ¿dónde hay designio, intento, determinacion, propósito y intencion, que son cinco voces que dicen lo mismo, qué falta haría aquella para manifestar el animo de emprender alguna cosa? En otra porcion de escritos se halla por ahí á cada paso impreso la frase de *poner en voga*. ¿Tanto trabajo podía costar mudar el *voga* en *uso*, que por el, se resolvió el escritor á no hablar castellanamente? Con efecto entre *poner en voga*, y *poner en uso* no hay mas diferencia que el ser el primero un barbarismo, y el segundo un modo de hablar del tiempo de Felipe II.

Yo no quisiera ofender á nadie; pero si he de decir claramente lo que siento; para mi semejante corrupcion no tiene otro origen que el flujo de querer saberlo todo, y el genero de saber adoptado en nuestro siglo. Hasta la mitad del siglo XVII. no hablaban de las ciencias, sino á los muy exercitados en las escuelas, ó los muy dedicados á los libros de la antigüedad, leídos en los mismos idiomas en que se escribieron. Descartes que inventó entonces un nuevo universo, empezó á dar á entender á las

gentes, que no era muy precisa la literatura para filosofar. A esta persuasion se siguió la inundacion de los Dictionarios, tesoros inmensos de mentiras, y de una pequeña parte de verdades, como dixo un célebre francés, sin pensar que la sentencia habia de recaer en algun tiempo sobre uno suyo, que es sin duda superior á todos los demas en aquella circunstancia. De estas dos causas han provenido innumerables sueños disfrazados con máscara de filosofia y una erudicion somera ó aparente, que hace las delicias del mayor número, esto es, de los que tuercen el saber al interés ó la ostentacion.

Nuestra patria no ha tenido por fortuna suya tanta inclinacion á escribir dictionarios como á imitar las modas. Y hé aqui porque los que llaman á un peluquero Español para que los emplaste el pelo, ascen de un Dictionario francés para hacerse doctos, mientras aquel hace su manobra. Esto creo que maravillará á qualquiera.

Vaya otra cosa que no me sorprende menos. Cada dia veo, hablo, y encuentro unos filósofos andantes, que pasan. Si escriben todo es virtud, todo es moralidad, aunque sea á costa de no dexar hueso sano á quantos han escrito hasta ahora. En su conversacion familiar todo suele ir por este mismo camino. No se les cae de la boca la buena fe, la beneficencia, el olvido de los agravios, la hombría de bien, el odio á las pasiones bajas y vergonzosas. Cada qual que les oiga creerá al que menos un Solon hecho y derecho, y que puede agarrar un pulpito en las manos para ir por ese mundo á predicar lindezas. Pues entremos á tantearlos un poco, como dicen de botones adentro, sucedales una nada, aquí es ella. Aquí está ya convertido nuestro filósofo en majo del Abapies, ó en un gritador intolerable. Aquel que parecia igual á la cumbre del Olimpo, se vuelve una débil caña que lleva donde quiere el ayre mas mínimo de una pasioncilla; y no dexa medio pa-

ya contentar su venganza, aunque exponga su crédito, pierda su reputacion. Entonces es quando cada uno se rie de sus despiques y venganzas ridiculas, y descubriendo la maraña, ve que el tal Solon de poquito es solamente un filósofo de entremés. Lo mismo digo en quanto á otros asuntos, y esto es tan claro, que será muy ciego quien no vea por tela de cecado.

En tiempos antiguos, si creemos á los historiadores, cada filósofo se conocia á la legua por todas sus prendas y calidades, afectandolo con la mayor aplicacion. No habia Cinico que se presentase sin su ortera, su báculo y su alforja; no se veria Pirronico que no dudase de todo, ni Estoico que confesase que el dolor era un mal. Un Cirenaico gastava con gusto quanto tenia en su banchete, y un verdadero Epicuréo, deseando su libertad y tranquilidad de ánimo, afectaba una vida frugal y sencilla. En fin cada qual procuraba que su modo de proceder y de presentarse manifestase la secta que profesaba. Pero quien haya de conocer ahora á la mayor parte de los que se venden por filósofos entre nosotros, trabajo le mando. Ya se ve, no era razon que en el siglo 18 se pensase en esto como mil años ha, ni como en tiempo de la floreciente Atenas. Entonces el ser filósofo queria decir algo, y hoy son tantos los que dicen que lo son, que ya este nombre no significa nada.

Más pudiera alargarme, pero no me faltará ocasion; entre tanto dé Vmd. lugar á esa, protestando que ahí no va retratado nadie, que el que quiera aplicarse lo, hará lo que dixo el Poeta *Stultæ nudabie &c.*

Mande Vmd. á S. A. S. D. Pedro F...

Señor Editor: he visto en el n. 403 que el Caballero A. C. escribe quejándose del Señor *Quiquodam* y de mí. ¡Valgame Dios, que nunca hemos de po-

23
der contentar á todos! Quieren saber el fin de la tragedia del pescador del Canal; ¡caramba! ¡pues y qué no hay mas que juzgar Tragedias! Si yo fuera Critico de á mes ó de á quince dias, que deum de deo criticára á diestro y siniestro, ya pudiera haberlo hecho con mucha facilidad, pues no habia mas trabajo que poner quatro faltas fuesen tontas, vanas ó llenas, quatro reparos ridiculos y rateros, y cacarar un poco de imparcialidad, afectando sabiondas expresiones, y cata ahí hecha una crítica que con solo mudar una ú otra friolera podria servir para criticar quantas obras salgan por los siglos de los siglos.

Pues no Señor ahí es nada. ¡Poquito cuento era la Tragedia, para ser hecha sin plan! Lo cierto es, que la vió uno y se quedó llorando á moco tendido; aunque entre nosotros produjo otro efecto. Unos lloran de lo que otros rient cabalito: eso es el mundo. No tengo lugar para describirla toda; ya dixé que hablaba en la primera escena Cain y Torrezno, el qual tenia unos versos que todo era grasa. Pero para escena que nos hizo morir de risa, fue una en que salia una Actriz con sus niños que no habia comido en dos dias, y hablaba por los codos, luego llegava el marido, y comenzaban á comer de lo que trahia con un ansia, que daba ganas de comer á qualquiera desganado, diciendo entretanto los chicos y los padres unos versos á boca llena, tan patéticos y tan propios de la situacion, que no habia mas que oír. Mis amigos y yo nos tendiamos de risa; y mucho más quando vimos que una porcion de Actores se acostaban en medio del teatro, y con harta porqueria, pues no se desnudaban, y aunque era una corraliza, iba uno á abrir un agujero para ver si era de día, porque no parece que entrava por encima la luz. Preguntamos al Autor á que era el sacar estas ridiculeces. ¡Ridiculeces dixo el! Pues á fe que no eseso lo peor que tiene la pieza, además que yo imito, y que habran Vmds. visto una porcion de

piezas modernas destinadas á hacer inmortal á su Autor que lo tienen eso de *pe á pa*. Sobre todo la naturaleza es la que se imita, y cosa natural es el comer, y el dormir. Pues cuenta, le diximos, con sacar otras obras de la naturaleza y que son tan naturales como esas. La solución era lo mejor: comenzaba á llover de repente y aquí se acabó. El tal Autor estava tan bien puesto en su tragedia, ó su zanañoria, que no la trocaria por la *Fedra*. Yo se la volví llena de aplausos, bien que rogando á Dios se le curase á este infeliz el flujo maldito de poetizar, porque mientras haya de esta gente en el mundo, y escriban á excepción de los demas, puede que nuestro teatro dentro de dos ó tres siglos haya dado algun pasito adelante.

Estoy acabando á Vmd. una noticia que puede que no le disguste; y que no tardará tanto en ir como esta. Entre tanto es como siempre S. S. S. D. Yo. Memorias á mi amigo Don Lucas Aleman, que tengo gana de que hablemos algo.

Sobre el mal contento de los hombres en su fortuna, nacido de no saber apreciar los bienes honestos y suficientes, por codiciar los abundantes y peligrosos.

F A B U L A.

La Raposa y el Buño.

Acosada del hambre una Raposa astuta, sin encontrar arbitrios que mejoren de estado su fortuna á un lado de la cueba sobre la blanda pluma, se quejaba á los Cielos con llantos y plegarias inportunas.

¿De qué sirven (decia) mis mañosas astucias. si por mas que la siga se me escapa la caza de las uñas? ya no digo una polla::: quando así se me ocultan el simple paxarillo y la que fiel reclama al que la arrulla.

Así se lamentaba, sin saber que la escucha oculto y retirado un solitario Buño en su espelunca. Tomóla la palabra, y con la voz que abultan la reconvinó grave: ¿si aquello es queixa, ó confesion de culpas?

¿Si los campos cubiertos de verdores y frutas no podrian sustentarla, mientras sustentan tantas criaturas? Esas que golosinas quando violenta hurtas (la dixo) en tus rapiñas: regalos que codicias por hurturas. ¿Y en medio de estos bienes á los Cielos insultas despreciando lo honesto quando con ansia lo superfluo buscas? pero qué, lo superfluo: lo vedado reputas todo tu bien: y en ello los riesgos y delitos acúmulas. Así la reprehendia.

¿La convirtió? Se duda: pues lo calla la historia y la experiencia no la abona nunca. Pero no está aquí el daño; sino que nos anuncia lo que en los hombres pasa quando ingratos lamentan su fortuna.

Pues todo lo que tienen por pobreza reputan y en busca de otros bienes á peligros y culpas se aventuran.
El Aplicado.